



Mis queridos hermanos:

Quiero comenzar mi saludo pascual con la fórmula que la liturgia de la Iglesia nos ofrece para la bendición solemne del día de Pascua: *“Y a vosotros, que al terminar los días de la Pasión del Señor celebráis con gozo la fiesta de Pascua, os conceda también alegraros con el gozo de la Pascua eterna”*. Este es mi deseo sincero para todos vosotros.

Como bien conocéis, Pascua significa *“paso”*. Se trata del paso del Señor de la muerte a la vida; se trata, también, del paso del Señor entre nosotros rompiendo las ataduras del pecado y de la muerte: *“Si por un hombre vino la muerte, Adán; por un hombre –Cristo Jesús– ha venido la resurrección; si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida”* (1 Cor. 15, 22); se trata, en definitiva, de la vida de Cristo que se desborda sobre todos aquellos que se acercan con fe al Crucificado-Resucitado acogéndolo en su vidas como su Señor y Maestro.

La resurrección del Señor nos ha abierto de par en par las puertas de la Vida eterna. Su victoria está anunciando, a un mundo materialista y sin esperanza, la certeza de que la vida merece la pena ser vivida, porque la última palabra no la tiene la muerte. Porque podemos experimentar la eternidad aquí en la tierra si vivimos unidos al Redentor, con la certeza de la resurrección futura de cada uno de nosotros.

Este tiempo es una invitación a vivir en plenitud; a sembrar vida en nuestro alrededor; a defender la vida como don precioso del Creador.

Permitidme una confidencia: a veces tengo la impresión de que nuestro mundo se parece a una embarcación que se empeña en navegar en dique seco. Pese a la, tan cacareada, *“calidad de vida”* orquestada desde las más diversas instancias, experimentamos cada día el aumento de la soledad y la desorientación de incontables personas que lo tienen todo, pero carecen de lo fundamental: una razón firme para vivir. Sí, ya lo sé, se nos regalan muchas razones envueltas en papel de plata, pero al abrirlas te das cuenta de que están inoculadas con el veneno del egoísmo que conduce a la desazón de la tristeza y la falta de horizontes.

Queremos felicidad y progreso, pero la cultura demoniaca de la muerte pretende negar el derecho de la vida a aquellos que son el futuro de la humanidad: los niños. Queremos el respeto, y se nos llena la boca de palabras sagradas como *“comprensión”*, *“convivencia”* y *“tolerancia”* pero, en realidad, las personas valen mientras nos sirven. Después maquillamos con palabras dulces la mala conciencia de evitar estorbos que nos limiten nuestros deseos desaforados de comodidad e individualismo. Hablamos de justicia social y de acceso al bienestar para todos, pero en estos duros tiempos, la tozuda realidad le quita su brillo a estos discursos y nos encara a todos para decirnos que ya está bien de palabras, *“que obras son amores, y no buenas razones”*

¿Nos queda alguna esperanza que no nos defraude? La respuesta es sí. Se llama Jesús de Nazaret. Su resurrección nos enseña la verdadera dignidad del hombre: no somos pura materia, pasto de gusanos; somos hijos de Dios que encierran la semilla de la eternidad en el alma, conseguida con su pasión y muerte. No hemos sido creados para yacer postrados, sino para hacer, hacer obras grandes y comprometidas, transidas por el amor. Como cantó un poeta: *“sólo el amor alumbra lo que perdura; sólo el amor enciende la maravilla”*.

Esta vida que anhelamos no es solo un piadoso deseo. Podemos participar de ella porque se nos está dando continuamente en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía: *“Aquesta eterna fonte que deseo, en este pan de vida yo la veo; aunque es de noche”*, cantó S. Juan de la Cruz. Por eso, el tiempo de Pascua es tiempo de dejar que la vida del Resucitado circule libremente por nuestros cuerpos y nuestras almas. ¡Qué grandes dones pascuales nos ha concedido el Señor!: el perdón de los pecados, la fuerza de su Espíritu, su cuerpo y su sangre... Jesús está empeñado en que tengamos vida y *“vida en abundancia”* (Jn. 10, 10).

Por nuestra parte hemos de responder a tanta maravilla con un compromiso coherente con la fe que profesamos: *“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt. 5, 16) Es propio de un cristiano favorecer la *“cultura de la vida”* empeñándose en la defensa de la misma bajo todos los aspectos posibles. No nos conformemos con buenos sentimientos y hagamos todo lo posible por pasar a las obras. *“Arrimemos nuestro hombro a las cargas de los demás”* (Gál. 6, 2) en estos momentos de especial dificultad para tantos hermanos nuestros. Siempre es bueno recordar que no puede haber justicia donde no hay amor, y no hay amor donde no se respeta y promociona la dignidad de la persona humana, ni podemos llamarnos cristianos si nos cruzamos de brazos frente a todas estas realidades que desgarran al mundo y a la humanidad.

En este tiempo, celebraremos de modo singular a la Stma. Virgen María y a los Santos. Ellos son ejemplo cumplido de cuanto vengo escribiendo en este mensaje de Pascua de Resurrección.

La Virgen, nuestra Señora, es para el mundo entero *“Fuente de vida”* porque nos dio a Jesús, el verdadero y único *“pan de vida”* con el que los fieles nos alimentamos. En nuestra geografía diocesana, casi todas las imágenes que la representan sostienen en su regazo la imagen del Niño Jesús en actitud de ofrecérselo como único *“Camino, Verdad y Vida”* (Jn. 14, 6) ¡Acojamos su don! E imitemos su actitud de apertura a la vida de Dios y al deseo de felicidad de los demás (cf. Lc. 1, 39)

Muchos de nuestros pueblos y ciudades harán memoria de los Santos, nuestros hermanos. Que la contemplación de su vidas y la imitación de su coherencia con el evangelio nos valgan su intercesión desde el cielo, para que todos seamos testigos del Dios vivo, del Dios de la vida, convirtiéndonos así, para nuestro mundo, en *“luz colocada en lo alto”* (Cf. Mt. 5, 14), *“para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo”* (Flp. 2, 15)

Con mis mejores deseos de felicidad en esta Pascua florida, recibid mi paternal bendición:

+ Ramón, obispo de Jaén.